

**LA VOCACIÓN UNIVERSITARIA  
EN LA ACTUALIDAD DE LA IGLESIA  
Y DE LA SOCIEDAD,  
EN LA PERSPECTIVA DEL DISCURSO  
DE BENEDICTO XVI EN EL ESCORIAL**

**DOCUMENTO**

**Conferencia  
del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid,  
pronunciada en el Solemne Acto de Apertura  
del Curso Académico 2011-2012  
Zaragoza, Universidad "San Jorge", 21 de octubre de 2011**

**M a d r i d , n o v i e m b r e 2 0 1 1**

## ÍNDICE

<b>I. Introducción</b> .....	5
<b>II. El momento histórico</b> .....	6
1. La actualidad de la Iglesia .....	6
2. La actualidad de la sociedad .....	8
<b>III. La vocación del Profesor universitario hoy. Las propuestas del Papa</b> .....	11
1. El peculiar significado universitario del lugar: el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial .....	12
2. El sentido y la genuina idea de la Universidad .....	13
3. La vocación del Profesor universitario en la actualidad: su responsabilidad primordial .....	15
4. Los presupuestos personales para su verdadera y auténtica realización .....	16
<b>IV. A modo de epílogo</b> .....	17

---

Edita: Arzobispado de Madrid  
Bailén, 8. 28071 - Madrid.

Imprime: Famiprint, S.L.  
Telf.: 91 677 99 93  
Mail: famiprint@famiprint.com

## **I. INTRODUCCIÓN**

La vocación, como la forma de comprender y de llevar a la vida lo que Dios espera y quiere de nosotros -de cada persona concreta en el conjunto entrelazado de las relaciones sociales-, se plasma y realiza en la situación histórica en la que nos toca vivir. De algún modo, toda vocación tiene que ver en su proyección y en su configuración real desde su origen -es decir, desde la mirada del Dios que nos llama a la existencia- con el destino final al que Él nos invita y nos ofrece. De este “emplazamiento” histórico no se escapa la vocación universitaria que, en sí misma, nace en el momento en el que surge y aparece “la Universidad” como dato de la vida social y como institución jurídicamente modelada. No podía haber vocación universitaria en sentido específico con anterioridad a la existencia y al hecho de la Universidad misma, que, además, por la trascendencia cultural y, por tanto, humana y social de sus contenidos y funciones aparece estrechamente condicionada por la situación general del lugar y del tiempo que la envuelve y que inevitablemente caracteriza su realización.

Por ello, cualquier tipo de reflexión sobre la vocación universitaria -filosófico-teológica, pedagógica, histórica, sociológica, jurídico-política, etc.- ha de tener muy en cuenta los principales rasgos que determinan “el sitio en la vida” en el que ha de plasmarse. Cuando se trata de una vocación universitaria inserta en la vida y en la

misión de la Iglesia o, incluso, solamente cercana a ella, el fijarse explícitamente en el momento histórico, por el que atraviesa, resulta metodológicamente imprescindible. Antes, pues, de precisar los elementos más relevantes de lo que podría denominarse la configuración existencial del modelo de vocación de Profesor universitario para nuestros días (ser alumno no es fruto y consecuencia de una vocación entendida en sentido propio, sino, más bien, significa estar en camino para clarificarla y adoptar la que le sea más propia), se nos impone ofrecer una concisa exposición de aquellos aspectos de la actual realidad eclesial y social especialmente significativos para una comprensión de lo que debe conformar hoy, desde una perspectiva católica, una vocación de Profesor universitario que responda a las exigencias de lo que el imperativo de la historia está urgiendo. Se hace fácil la tarea, si se sigue y se atiende al luminoso discurso del Santo Padre Benedicto XVI, dirigido a los Profesores Universitarios Jóvenes reunidos en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el 19 del pasado mes de agosto, en el marco de sus encuentros previstos en el Programa de la JMJ-Madrid-2011.

## II. EL MOMENTO HISTÓRICO

Considerar debidamente el momento histórico, que condiciona en España -y también en Europa, con las explicables y no llamativas diferencias en relación con la realidad española- la experiencia del Profesor universitario y la situación de la comunidad e institución universitarias, postula distinguir entre la actualidad de la Iglesia y de la sociedad, aunque no su separación radical.

### 1. La actualidad de la Iglesia

Un objetivo pastoral y apostólico de primera magnitud espiritual define, como ningún otro, la actualidad más llamativa de la vida y de la misión de la Iglesia. Me refiero a la nueva evangelización. Desde los albores del Concilio Vaticano II -el otoño del próximo año conmemoraremos el cincuenta aniversario de su primera sesión-, la urgencia de la evangelización del mundo y del hombre contemporáneos ha sido el *leit-motiv* de la preocupación y de la acción de la Iglesia durante el último medio siglo, sin que haya perdido al día de hoy ni un ápice de su gravedad doctrinal y pastoral. Lo fue en el

Pontificado de Pablo VI. La Exhortación postsinodal *Evangelii Nuntiandi* de 1975 representa uno de sus momentos culminantes. Continuó siéndolo en las casi tres décadas del ministerio de Juan Pablo II como Sucesor de Pedro. Él acuña ya en los primeros años de su servicio como Pastor de la Iglesia Universal la expresión de “Nueva Evangelización”, acuciándola a evangelizar con nuevo ardor, con nuevas expresiones y con nuevos métodos. Y, ahora, ha adquirido una relevancia del todo singular en las propuestas, magisterio e iniciativas de gobierno pastoral de nuestro Santo Padre Benedicto XVI. La creación de un nuevo Consejo Pontificio, expresamente dedicado al estudio y promoción de la nueva evangelización, constituye una buena prueba de ello, así como la reciente convocatoria de un Año de la Fe, que se iniciará el 11 de octubre del próximo año 2012 y culminará en la solemnidad de Cristo Rey del 2013. Para evangelizar ha nacido y vive la Iglesia ¡es su razón de ser!, como enseñaba Pablo VI vibrantemente. Lo es en un doble sentido: en el del anuncio y de la proclamación del Evangelio a todas las gentes, que hoy ha de incluir también a esos sectores de la población de los viejos países de tradición cristiana que han olvidado sus raíces culturales y espirituales más profundas, cuando no han apostatado de ellas (Cfr. exhortación Postsinodal *Ecclesia in Europa*, de Juan Pablo II, del 2003, n.10); y, luego, en el de la impregnación de todas las realidades temporales con “la luz y la sal” de la palabra y del testimonio del amor de Cristo. La “santificación” del mundo se hace cada vez más apremiante.

El camino emprendido de la nueva evangelización ha ido y va adelante no sin obstáculos y dificultades provenientes de dentro y de fuera de la Iglesia misma. Ideas y grupos intra-eclesiales han cuestionado, y siguen cuestionando, no raras veces, principios doctrinales y normas que afectan a la gran disciplina de la Iglesia; con las dolorosas consecuencias del daño que se inflige a la guarda y vivencia fiel de lo que es el fundamento de su ser y de su existir: el principio de “comunidad” con Jesucristo, su Cabeza, Señor y Pastor invisible. Para lo cual es imprescindible el vínculo de unión jerárquica de todos los miembros de “su Cuerpo” con quienes representan a Cristo visiblemente: el Sucesor de Pedro para la Iglesia Universal y los Sucesores de los Apóstoles, unidos a él su Cabeza visible, para las Iglesias particulares. La unidad del Cuerpo de Cristo con su Señor es imposible sin el vínculo jerárquico y, consiguientemente, también la “comunidad eclesial”, cuya alma es su Espíritu: el Espíritu Santo. Este camino de “comunidad eclesial” es, por contraste, el que están

asumiendo sin reservas con un intenso y generoso empeño, y crecientemente, las nuevas generaciones de sacerdotes y seminaristas, de jóvenes profesores de Teología, de consagrados y de seglares de todas las edades. Más aún, se está manifestando como la "vía" pastoral y espiritual con la que se identifica abiertamente la "Iglesia joven", cuyo "sí" a las propuestas del Papa resuena cada vez más nítido y rotundo. Nuevos "carismas" han intervenido e intervienen en este proceso, animando e incorporando a él nuevas formas y realidades de vida sacerdotal, consagrada y laical: ¡signos de una nueva primavera apostólica y misionera de la Iglesia que se adentra con renacida esperanza en el tercer milenio y en un nuevo siglo de su historia! Sí, ¡alumbra de nuevo la esperanza! La JMJ-2011 en Madrid ha significado su demostración más palpable y palpitante. ¡Una Iglesia renovada y dedicada con nuevo entusiasmo y con rejuvenecido corazón a la evangelización del hombre y de la humanidad contemporánea está a la vista! La Iglesia, muy consciente de lo que conlleva de sufrimiento, de injusticia y de maltrato de los más débiles la nueva crisis histórica que estamos viviendo, quiere responder a ella con el Evangelio de la esperanza. Crisis inédita en no pocos de sus aspectos -por cierto, los más sobresalientes- y de la que no se ve todavía una salida a corto plazo.

## **2. La actualidad de la sociedad**

Ante lo que está sucediendo en el mundo y en las sociedades de la era de la "globalización", no se puede por menos que hablar de crisis generalizada. En sus señales y apariencias inmediatas, es calificable y calificada reiteradamente como económica y financiera; menos, como social y política; muy pocas veces, como crisis cultural; y, raramente, como crisis ética, espiritual y religiosa. El Papa Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in Veritate* de 29 de junio de 2009 alertaba de la profundidad y gravedad de las causas y dimensiones de esta crisis. Su evolución en los dos años largos transcurridos desde la publicación de la encíclica hasta hoy, da al diagnóstico del Papa plena razón. Las causas de la compleja y extraordinaria problemática en la que se encuentran sumergidas la sociedad actual y sus estructuras económicas y financieras, ¿no tienen nada que ver con la situación sumamente dañada por la que atraviesan el matrimonio y la familia?, ¿y con

una de sus secuelas más evidentes, el hundimiento demográfico?. ¿Se puede superar la presente crisis sin una seria y radical purificación y regeneración de la conciencia moral de las personas y de la sociedad en general? ¿Y es viable un proceso de conversión y reforma ética a espaldas de Dios y de Aquél en quien se nos ha revelado y donado: en Jesucristo y en su Evangelio? La respuesta que se desprende de la encíclica y del ulterior magisterio de Benedicto XVI, y que se concreta y aplica en sus enseñanzas, es inequívocamente: ¡no! En su saludo al pisar tierra de España en el aeropuerto de Barajas el pasado 18 de agosto, se refería paradójicamente, sin embargo, a un hecho positivo, en discrepancia llamativa con lo inquietante de la situación que padecemos: a un hecho juvenil, con el que se abre un insospechado horizonte de esperanza. En la sociedad actual hay una juventud que ha descubierto a Dios, afirmaba el Papa: un "descubrimiento del Dios vivo que alienta a los jóvenes y abre sus ojos a los desafíos del mundo en que viven, con sus posibilidades y limitaciones. Ven la superficialidad, el consumismo y el hedonismo imperante, tanta banalidad a la hora de vivir la sexualidad, tanta inmoralidad, tanta corrupción. Y saben que sin Dios sería arduo afrontar esos retos y ser verdaderamente felices, volcando para ello su entusiasmo en la consecución de una vida auténtica". En este horizonte de esperanza se pueden detectar y señalar también signos varios de un despertar de la conciencia social que comienza a movilizarse ante el reto de la profunda e inextricable ramificación de la crisis, perceptibles nítidamente en distintos ámbitos de la vida civil y eclesial. Entre ellos es obligado destacar las llamadas al serio ejercicio de las responsabilidades personales e institucionales, el esfuerzo intelectual crecientemente compartido por los especialistas de los campos de las ciencias económicas, sociológicas y jurídicas, la cada vez más extendida activación del sentido y de la práctica de la solidaridad, extraordinariamente diligente y eficaz en la labor de la "Caritas" de la Iglesia Católica, y -no en último lugar- la revalorización intelectual y cultural de la Doctrina Social de la Iglesia, observable en círculos empresariales y políticos muy significativos, interesados en hallar fórmulas y procedimientos éticos para encauzar comportamientos comprometidos y generosos con el bien común.

Es verdad que en los sectores más jóvenes de la sociedad bullen la inquietud y el interés por comprender la naturaleza y el

origen de la crisis, que se interpone muy obstinadamente en su camino de búsqueda de empleo y les dificulta gravemente un planteamiento acertado de su proyecto de vida: del proyecto personal y de su plasmación social. Las formas de manifestar sus dudas y angustias vitales son muy variadas: superficiales, confusas y hasta agresivas y atropelladas, no pocas veces. Apenas son capaces de alzar la mirada intelectual y moral más allá de tópicos y de teorías y prácticas sociales y políticas obsoletas, juzgadas negativamente por la historia, dada su irreconciliabilidad con la dignidad de la persona humana y su bien individual y social. Pero también es verdad -en neta e inconfundible diferencia con las actitudes anteriormente descritas- que hay otra respuesta de muchos jóvenes basada en el sí a un ideal de vida e identificación personal con los grandes valores morales y espirituales que se desprenden de una visión cristiana del hombre como imagen de Dios, llamado a ser su hijo por Jesucristo, el enviado del Padre: el Hijo Unigénito que se hizo carne, habitó entre nosotros, dio su vida en la Cruz por el hombre y su salvación y que ha resucitado. Estos jóvenes viven e irradian esperanza, conciben el futuro de sus vidas como un itinerario de amor auténtico, contagian el gozo y la alegría de saberse instrumentos del futuro de Dios para el hombre y, consiguientemente, son promotores incansables de justicia verdadera, de solidaridad sin fronteras y de paz. En la JMJ del pasado agosto en Madrid estaban allí de nuevo como “una inmensa riada juvenil nacida en las fuentes de todos los países de la tierra” (cf. Plegaria del Papa Juan Pablo II ante el sepulcro del Apóstol Santiago, 19.VIII.1989). Su testimonio floreció como una bellísima muestra de la alegría cristiana que vence al mundo: el mundo de los tristes, de los deprimidos, de los defraudados y desalentados, de los que se rebelan contra todo, desesperados y alocados. Los jóvenes de la JMJ-2011 fueron protagonistas del gozo incontenible que brotaba copiosamente de la celebración de la Palabra y de los Sacramentos de la Iglesia ¡en Cristo Resucitado! Es decir, del encuentro con Él, vivido y compartido en la comunión de la Iglesia con una intensidad y una universalidad únicas, surgía y alumbraba con luz nueva la esperanza para esta hora tan dura y dolorosa de la crisis global que parece no encontrar salida y solución. La autenticidad cristiana y católica del encuentro contaba con un extraordinario e insuperable aval: el del Papa, Sucesor de Pedro, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia Universal, que los había convocado y reunido en el nombre del Señor.

### **III. LA VOCACIÓN DEL PROFESOR UNIVERSITARIO HOY. LAS PROPUESTAS DEL PAPA**

En el marco vivo de la Iglesia y de la sociedad actuales, que hemos pergeñado, hay que colocar la vocación del universitario de nuestros días: del universitario Profesor, en primer lugar, y, en segundo y tercer lugar, la de los estudiantes y de los agentes sociales y políticos que intervienen en los organismos y funcionamiento de la institución universitaria. Sin duda, el discurso de Benedicto XVI en El Escorial fue pensado y formulado expresa y directamente para los Profesores universitarios jóvenes reunidos en la Basílica del Monasterio. Sus propuestas y recomendaciones -luminosas para comprender y vivir lo esencial de su vocación específica con la viveza y la concreción existencial que exigen los "signos de los tiempos"- valen también para todo universitario. Son reflexiones hondas y certeras de quien es hoy el Pastor de la Iglesia Universal, pero, además, del que ha sido uno de los universitarios más ilustres de nuestro tiempo. Su experiencia sacerdotal transcurre en una gran y decisiva parte de su biografía -en los años de la juventud y de la madurez humana e intelectual- en la Universidad. La huella -teórica y práctica- de sus años universitarios en la concepción del discurso es patente. Con la proverbial concisión de su lenguaje teológico, claro y elegante, el Papa señala la dirección en la que ha de moverse hoy el Profesor universitario en la búsqueda de la realización fructuosa de su vocación. Benedicto XVI sabe muy bien -por su propia trayectoria- que el Profesor representa la forma emblemática de ser universitario. Para la plena comprensión y aprovechamiento de su pensamiento respecto a lo que significa la vocación de Profesor universitario, ayuda mucho el leer el discurso de El Escorial en el contexto de su intervención en “los Bernardinos” de París, de su conferencia en la Universidad de Roma “La Sapienza” -no pronunciada, pero sí publicada- y de su lección en la Universidad de Ratisbona en septiembre del 2006. Así leído y meditado, el discurso de “El Escorial” se nos revela como una exhortación especialmente rica en sugerencias y en planteamientos implícitos de desafíos personales y profesionales tanto para los jóvenes profesores universitarios que le escuchaban -de los que hay que suponer que aspiran a vivir su vocación en clave cristiana- como para todos los que pudieren mostrar interés en sus palabras, sea cual sea su relación con la Iglesia e, incluso, con la Universidad.

## 1. El peculiar significado universitario del lugar: el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

El Papa inicia su alocución aludiendo a la música interpretada al comienzo del acto que “ha resonado de forma maravillosa en este monasterio de gran belleza artística, testimonio elocuente durante siglos de una vida de oración y estudio. En este emblemático lugar, razón y fe se han fundido armónicamente en la austera piedra para modelar uno de los monumentos más renombrados de España”. Razon y fe, según Benedicto XVI, habían hecho posible la belleza estética de un lugar en el que oración y estudio se entretejían con la forma de ser y de existir de la vida monacal que lo había sustentado y animado durante siglos. En el saludo de bienvenida y gratitud al Santo Padre, el representante de los Profesores convocados se había referido a un hecho muy relevante desde el punto de vista universitario: hacía cuatro siglos, “un monarca católico reunió la principal biblioteca del mundo conocido” en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. El Arzobispo de Madrid, por su parte, en la presentación de los Profesores asistentes al acto, recordaba a uno de los autores contemporáneos que más genialmente habían comprendido e interpretado el significado histórico de “El Escorial”: a Reinhold Schneider y a su hermoso y sugerente ensayo: “Felipe II o Religión y Poder”. El pensador alemán veía reflejada en la arquitectura escorialense una concepción del poder humano -visto en su máxima expresión de poder político-, sabiéndose subordinado a la ley de Dios y puesto al servicio del bien integral del hombre. Para Reinhold Schneider, El Escorial es la obra de un Rey, para el cual “el poder como poder no cuenta nada; pero sí, e, incluso, incalculablemente mucho, como forma histórica de la fe y de la misión”<sup>1</sup>. Los ecos de la doctrina sobre el *jus gentium* y de la antropología teológica de los maestros de Salamanca y Alcalá resonaban ayer -y resuenan todavía hoy- en los claustros del Real Monasterio evocando la época -quizá- más brillante de la historia universitaria de España. En ese día histórico de la primera visita de un Papa no podían ser más perceptibles.

---

<sup>1</sup> Cfr. Reinhold Schneider, *Philipp der Zweite oder Religion und Macht*, Frankfurt a.M. – Hamburg 1960, p.234: “Die Macht als Macht gilt hier Nichts; aber sie gilt unermesslich viel als geschichtliche Gestalt des Glaubens und Auftrags”.

## 2. El sentido y la genuina idea de la Universidad

Benedicto XVI emplaza a los jóvenes profesores universitarios a enfrentarse desde el principio de la historia de su vocación con el genuino concepto de Universidad. ¿Cómo hay que concebir a la Universidad hoy, a la altura del comienzo del tercer milenio? El Papa recurre para la respuesta a sus recuerdos de joven profesor universitario en la Universidad de Bonn en una Alemania arrasada por la guerra. Para la Universidad alemana el periodo histórico entre 1933 y 1945 había supuesto no sólo la ruina física, sino también estructural y personal. La situación resultante significaba para el nuevo y joven profesorado universitario de aquella durísima postguerra un reto de dimensiones espirituales y humanas colosales. El Nacionalsocialismo había dejado a la Universidad alemana tirada y humillada en lo más hondo de su dignidad histórica. Urgía retornar al principio ético, cultural y político de “la libertad de investigación y de docencia” -*die Freiheit von Forschung und Lehre*- que había inspirado el gran proyecto reformador de Von Humboldt en el primer tercio del siglo XIX. Aquellos primeros cursos académicos de la reconstrucción material y espiritual de la Universidad, verdaderamente heroicos, son evocados por el Papa como un intento logrado de recuperación de la figura clásica de la institución universitaria nacida a la historia en los siglos de oro de la Edad Media. Se imponía volver a la *Universitas*: a la Universidad “como una comunidad de profesores y estudiantes que buscan juntos la verdad en todos los saberes”. Benedicto XVI cita expresamente la conocida definición del libro de “las Siete Partidas” de Alfonso X el Sabio: “Un ayuntamiento de maestros y escolares con voluntad y entendimiento de aprender los saberes”<sup>2</sup>. En esa figura de la *universitas magistrorum et scholarium* no importaba entonces mucho -ni importa tampoco ahora- saber quiénes desempeñan en su organigrama estructural o funcional el papel jurídicamente más relevante: quiénes son sus miembros de pleno derecho. Según el modelo de París y Oxford habrían de ser los Profesores; según el modelo de Bolonia y Padua, los estudiantes. Lo que de verdad apremiaba era la recuperación plena del significado académico y científico de la institución universitaria como *studium generale*, comprendiendo y uniendo en el empeño intelectual del conocimiento de la verdad integral a todas las grandes ciencias de la

---

<sup>2</sup> Cfr. Siete Partidas, partida II, Tit. XXXII.

época. En el Medioevo, las que se cultivaban en las Facultades de artes, de medicina, de derecho y de teología. En su hora inicial, la *Universitas* se asentaba sobre una tesis fundamental: el discurso de la razón no sólo no se opone al diálogo con la fe, sino que lo acepta y fomenta expresamente. La verdad del hombre, afrontada en la perspectiva sapiencial de su plena realización en el tiempo y en la eternidad, constituía la mirada y horizonte últimos de la *Universitas* medieval. El Papa, buen conocedor de la evolución moderna -¿y postmoderna?- de la Universidad, abierta fructuosamente a los cambios cada vez más pluriformes de las ciencias empíricas y de sus aplicaciones tecnológicas, quiso recordar a los jóvenes profesores universitarios, reunidos con él en la Basílica del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, la vigencia intelectual, ética y cultural del ideal de una Universidad que en cualquier tiempo y en cualquier época debe proponerse a sí misma como su razón de ser el servicio a la verdad íntegra del hombre por la vía del conocimiento científico, de una pedagogía formadora de la persona y de una metodología responsable, es decir, guiada éticamente por una conciencia rectamente formada en el campo de las aplicaciones técnicas. La propuesta de Benedicto XVI para la Universidad sonaba muy actual y justificada ante el peligro de sucumbir a la fascinación pragmática de los éxitos utilitarios en la economía, del placer a toda costa y de la adquisición del poder. “En efecto -les dice el Papa- la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. Jn 1, 3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios”. La racionalidad determina todo lo creado, subrayaba él. El hombre con su razón puede reconocerla, aunque no agotarla, dada la limitación que le es propia por su condición de criatura. “La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor”.

Trasmitir con la palabra y con el ejemplo este ideal universitario constituye, según Benedicto XVI, “el honor y la responsabilidad” que el Profesor universitario, identificado cristianamente con su vocación, habrá de asumir en una actualidad de la Iglesia y de

la sociedad extraordinariamente crítica. Es un ideal que ha recibido de sus mayores: “muchos de ellos humildes seguidores del Evangelio y que en cuanto tales se han convertido en gigantes del espíritu”. Unidos a esa cadena de predecesores, que han sabido presentar y acreditar la fe ante la inteligencia de los hombres a través del noble oficio de la investigación y de la docencia superior, los Profesores universitarios de hoy han de saberse enviados a la tarea y misión de ser continuadores de una historia que no es la misma que la de sus antepasados, aunque no menos apasionante y acuciante, puesto que “las cuestiones esenciales del ser humano siguen reclamando nuestra atención e impulsándonos hacia adelante”. Se trata de que sepan avanzar en la senda intelectual del conocimiento pleno y vivo de la verdad a través de la investigación, de la enseñanza y de la formación de las jóvenes generaciones. “La juventud es el tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad”. Una verdad que se ha manifestado verificada con una nueva y gozosa vitalidad en la JMJ-Madrid.2011.

### **3. La vocación del Profesor universitario en la actualidad: su responsabilidad primordial**

La realización auténtica de la vocación del Profesor universitario pasa hoy -en el pensamiento del Papa- por asumir como primordial una tarea pedagógica esencial: la de despertar y mantener viva sobre todo en los alumnos, pero también en toda la comunidad universitaria y en la sociedad, la aspiración por conocer la verdad, por comunicarla y transmitirla personal y vitalmente, no reduciéndose a la simple enseñanza de “unas técnicas instrumentales y anónimas, o de unos datos fríos, usados sólo funcionalmente”. Para lograr este objetivo -les dice- el Profesor universitario no debe de perder nunca la propia sensibilidad y pasión por la verdad, acercándose a sus jóvenes discípulos con cuidadosa preocupación por enseñarles no sólo contenidos sino también por acompañarles en el proceso de la maduración completa de su personalidad, comprendiéndolos, guiándolos y queriéndolos. En ellos, en lo más profundo de ellos mismos, suele estar muy viva el ansia de conocer la verdad que les proporcione el sentido último de sus vidas; aunque a veces aparenten lo contrario. Suscitarla y alimentarla, con afán de superación, pertenece a



la esencia de la vocación del Profesor universitario. “Sed para ellos estímulo y fortaleza”, les decía el Papa.

#### **4. Los presupuestos personales para su verdadera y auténtica realización**

En primer lugar, el Profesor universitario ha de tener en cuenta que "el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe". Se avanza en el conocimiento de algo y, sobre todo, de alguien si se le ama y se ama. Se puede amar, si vemos "racionalidad": "no existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia llena de amor"<sup>3</sup>. Verdad y bien van unidos y, por tanto, también conocimiento y amor. Ambos son inseparables. Para el Profesor-Educador universitario rige también el imperativo ético y espiritual de "la coherencia de vida y de pensamiento, de la ejemplaridad de vida que se exige a todo buen educador".

En segundo lugar, el Profesor universitario ha de alejarse de la tentación de la vanagloria: de la pretensión de querer *dominar la verdad*, bien creyéndose ser su poseedor indiscutible, bien sirviéndose del dominio científico de la porción de realidad propia de su especialidad, para fines y usos incompatibles con las exigencias éticas últimas que se desprenden de la verdad inherente a la naturaleza de la persona humana. El Papa recuerda que la verdad misma en su total plenitud "siempre va a estar más allá de nuestro alcance. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero no podemos poseerla del todo: más bien, es ella la que nos posee a nosotros y la que nos motiva". La virtud de la humildad es una virtud "indispensable" en "el ejercicio intelectual y docente" del Profesor universitario. "La vanidad... cierra el acceso a la verdad". Por ello, el Papa encarece y recomienda una máxima pedagógica de la mayor importancia formativa: "No debemos atraer a los estudiantes a nosotros mismos, sino encaminarlos hacia esa verdad que todos buscamos. A esto os ayudará el Señor que os propone ser sencillos y eficaces como la sal, o como la lámpara, que da luz sin hacer ruido (Cfr. Mt 5, 13-15)".

---

<sup>3</sup> "Caritas in Veritate", n.50.

El Papa concluye su discurso, consecuente con la lógica interna que lo vertebra, haciendo a los Profesores presentes en El Escorial una invitación de carácter netamente teológico y espiritual: la de "volver siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la verdad, que nos ilumina, pero que también es el Camino que lleva a la plenitud perdurable, siendo caminante junto a nosotros y sosteniéndonos con su amor". La secuencia última de sus palabras pronunciadas en el contexto de una JMJ, centrada en un mensaje y en un ambiente tan empapados de la fe y del amor a Jesucristo, el Redentor del hombre, como fue la de Madrid-2011, no podía ser otra que la de decirles: "Arraigados en Él, seréis buenos guías de nuestros jóvenes"; y la de asegurarles que los ponía "bajo el amparo de la Virgen María, Trono de la Sabiduría", para que Ella les "haga colaboradores de su Hijo", con una vida colmada de sentido para ellos mismos y fecunda "en frutos tanto de conocimiento como de fe, para vuestros alumnos".

#### **IV. A MODO DE EPÍLOGO**

La Universidad ha desempeñado en la historia de la humanidad, desde el mismo momento de su nacimiento histórico en la Edad Media (por cierto, sin antecedentes previos y directos ni en la antigüedad clásica, ni en tradiciones culturales y religiosas no cristianas), un papel decisivo en el progreso espiritual y material de la sociedad y del hombre mismo, considerado y valorado en la perspectiva trascendente de su inviolable dignidad personal. Una historia, llena de vicisitudes y coyunturas sumamente peligrosas para su subsistencia. La realización consecuente de su ser y de su misión específica al servicio del conocimiento de la verdad fue puesta en cuestión con no poca frecuencia. Ese peligro ha sido superado, siempre que *universitarios*, entregados con limpia vocación a ese servicio, se mostrasen insobornables y valientes, apoyados en la propia coherencia de su pensamiento y de su vida, en su estar y actuar dentro y fuera de la comunidad universitaria.

En su discurso de El Escorial el Santo Padre ha querido ofrecerles a los jóvenes Profesores universitarios de hoy -del "hoy" de la institución universitaria, asentada ya en todos los países y culturas de la tierra- reflexiones y motivaciones que surgen y se ad-

quieren cuando la inteligencia y la voluntad -¡y el corazón!- se abren al gran don de la Sabiduría, en cuya luz -¡claridad del Espíritu Santo!- la fe y la razón se encuentran, despejando e iluminando para los universitarios del actual momento histórico, y para la propia Universidad, el camino de la búsqueda de la verdad plena. Un camino propio de toda institución universitaria y, mucho más, de la que quiere ser y llamarse “Católica”.

**19 Y 20 BLANCA**